

ME SERÉIS TESTIGOS...
UNA INTRODUCCIÓN A LAS EPÍSTOLAS
ECLESIAÍSTICAS (5)



por Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2004

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

c-electrònic: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

VOLVAMOS A VISITAR...

CONFIRMACIÓN

Introducción

Tras resolverse la cuestión de los judaizantes en la Asamblea de Jerusalén (Hch 15:130), y dejar las cosas arregladas en Antioquía, después de estar un tiempo enseñando y anunciando la Palabra del Señor allí, Pablo propuso a Bernabé volver a visitar las iglesias que habían establecido a lo largo de su viaje misionero por Chipre, Panfilia y Galacia (Pisidia y Licaonia). Bernabé consideró apropiada la propuesta de Pablo, y decidieron organizar el viaje. El propósito inicial de este segundo viaje era volver a pasar por todas las ciudades en las que habían anunciado la Palabra durante aquel primer viaje, y ver como iban las cosas entre aquellos hermanos, en aquellas nuevas iglesias (Hch 15:36).



Bernabé quería repetir el mismo equipo misionero que inició el primer viaje, incluyendo a Juan Marcos; pero Pablo se negó, no creía oportuno incorporar a aquel que los había dejado en Panfilia. A medida que pasaban los días las posturas se radicalizaban, Bernabé no estaba dispuesto a ir sin Juan Marcos, y Pablo se negaba a aceptar su incorporación. La discusión acabó con “tal contención”, de manera que el equipo formado por Bernabé y Pablo, tan unido y armonioso hasta entonces, se separó. Bernabé tomó la decisión de tomar a Marcos e ir a Chipre, por lo que parece sin ser encomendados por la Iglesia de Antioquía. Pablo escogió a Silas, aquel que había sido principal entre los hermanos de Jerusalén y que había decidido quedarse en Antioquía después de transmitir el mensaje de Jerusalén, y “partió encomendado de los hermanos a la gracia del Señor” (Hch 15:39-40). Esta es la primera situación difícil entre obreros que encontramos en el Nuevo Testamento, y que se produjo entre dos hombres que habían dado pruebas sobradas de espiritualidad y madurez cristiana. No se vuelve a hablar de Bernabé en el libro de los Hechos, aunque parece que con el tiempo el desacuerdo se resolvió, pues en 1Corintios 9:6 lo pone como un ejemplo de un servidor dedicado a los corintios, y a los colosenses les dice que Marcos, el sobrino de Bernabé, estaba con él (Col 4:10 comp. 1Tim 4:11; Fil 1:24).

Primera etapa: Siria y Cilicia

Puesto que Bernabé y Juan Marcos navegaron hacia Chipre, Pablo decidió tomar la ruta terrestre que cruzaba Siria y Cilicia.

La carta que los hermanos de Jerusalén dirigieron a las iglesias de entre los gentiles incluía, además de Antioquía, a las regiones de Siria y Cilicia. Pablo estuvo en aquellas regiones después de escapar de Jerusalén. Tarso, la ciudad donde nació Pablo, formaba parte de la región de Cilicia- Seguramente participó en el inicio de la obra en aquellas regiones, y la Iglesia de Antioquía también pudo trabajar en el establecimiento de aquellas Iglesias.

Lucas resume el ministerio que Pablo llevó a cabo en aquellas iglesias con la palabra “confirmando”, que describe la tarea misionera en aquellas iglesias ya establecidas en las que no había que corregir nada.

Segunda etapa: las ciudades visitadas en el primer viaje

Con la llegada a las ciudades de Derbe y Listra, y recorriendo Frigia y la región de galacia, Pablo cumplió el objetivo que había establecido para este segundo viaje.

De la estancia en Derbe no se nos dice nada, solo que entregó “los decretos que habían sido determinados por los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén” (Hch 16:4). De la estancia en Listra e Iconio, además, se dice que Pablo encontró un hermano capacitado para acompañarlo en la obra misionera, llamado Timoteo. El hecho que dieran de él “buen testimonio los hermanos que estaban en Listra e Iconio” (Hch 16:2), parece indicar que ambas iglesias locales tenían una relación especial, y que las dos iglesias se habían beneficiado de su ministerio hasta aquel momento. El presbiterio de su iglesia, la asamblea de ancianos, en nombre de la iglesia, lo ratificó con la imposición de las manos (1Tim 4:14).

La estancia de Pablo y Silas en Derbe, Listra, Frigia y la región de Galacia, sirvió para fortalecer las iglesias en la fe, crecimiento cualitativo, y también para hacer crecer el número de los convertidos, crecimiento cuantitativo (Hch 16:5). No podían pedir más, a diferencia de lo que sucedió durante el primer viaje, ni siquiera habían tenido ninguna oposición digna de destacar.

Introducción a la Epístola a los Gálatas

Incorporamos la introducción a la Epístola de Pablo a los Gálatas, aprovechando que ésta es la primera vez que encontramos una referencia a esta región en el libro de los Hechos.

Identificando Galacia

La primera cosa que hemos de hacer es identificar a los receptores de la epístola de Pablo a los Gálatas, un tema sobre el que hay controversia. Para ello recogemos lo que dice una enciclopedia en la entrada *Galacia*, y lo que dice un comentarista sobre las expresiones *iglesias de Galacia* y *gálatas*.

La enciclopedia dice: “Antigua región del centro de Asia Menor en poder de los celtas (llamados gálatas por los griegos) de inicios del siglo III a. C. Llamados por Nicomedes I de Bitinia, el año 278 a. C. tres pueblos celtas... pasaron de Europa a Asia. Durante tres años saquearon los territorios próximos, pero, derrotados por Antíoco I de Siria, se establecieron en Galacia. Desde entonces, Galacia disfrutó de una fase de expansión (275-230 a.C.) hacia el occidente de Asia Menor; otra de estabilización (230-189 a.C.) y, finalmente, una de sumisión a Pérgamo (189-133 a.C.), al Ponto (133-85 a.C.) y a Roma, la cual primeramente estableció un protectorado (85-25 a.C.) y después la convirtió en provincia del Imperio (25 a.C.)”.

Una explicación sobre el significado concreto de las expresiones *las iglesias de Galacia* y *gálatas*. “Geográficamente hablando, el término ‘Galacia’ se empleaba para denotar el norte, y políticamente para el sur, la provincia romana de Galacia.

La teoría de Galacia Septentrional fue estándar durante el siglo XIX, y sigue siendo mantenida mayoritariamente por eruditos alemanes. No hay evidencias de que Pablo jamás ministrase a los ‘gálatas’ de esta región, pero desde luego esto no constituye una dificultad.

... Ya que Lucas da tanto espacio en Hechos a la obra misionera de Pablo en esta región (Antioquía de Pisidia, Iconio, Lистра y Derbe), parece posible que el apóstol escribiera a los convertidos allí. Por cuanto Pablo evangelizó Galacia en su Primer Viaje Misionero y volvió a visitarla en su Segundo Viaje, es posible una fecha temprana para Gálatas. Si la carta fue escrita antes del Concilio de Jerusalén registrado en hechos 15 (46 d.C.), eso explicaría que

la circuncisión fuera todavía un tema candente. Theodor Zahn, un erudito conservador alemán líder, data Gálatas en la época del Segundo Viaje Misionero, desde Corinto. Esto haría de ella su primera Epístola.

Si la teoría septentrional es la correcta, Gálatas fue seguramente escrita en los años cincuenta, quizá en época tan temprana como el 53, pero posiblemente más tarde.

Si la teoría meridional es, como creemos, la correcta, y especialmente si Gálatas fue escrita antes que Pablo acudiera al Concilio de Jerusalén, que decidió la cuestión de la circuncisión para los cristianos gentiles, el libro se puede datar en el 48. d.C.” (William MacDonald, p. 816).

La cronología de los datos históricos de la Epístola 1: 15-2:14

Si la Epístola a los Gálatas es como propone MacDonald, la cronología de la vida de Pablo hasta el momento en que escribió la Epístola sería:

- En Damasco, después de su conversión, “algunos días” (Hch 9:19).
- En Arabia por tres años (entre Hch 9:22 y 23 comp. Ga 1:17).
- En Damasco tres años después de su conversión (Hch 9:23 comp. Ga 1:17-18).
- Estancia de 15 días en Jerusalén, donde se encontró con Pedro y Santiago (Hch 9:26-29 comp. Ga 1:18-19).
- Unos diez años por las regiones de Siria y Cilicia, teniendo como base la ciudad de Tarso (Hch 9:30 comp. Ga 1:21).
- Pedro en Antioquía (Ga 2:11-14).

El problema de los judaizantes

Una de las primeras grandes crisis entre las iglesias del siglo I se produjo por la aparición de la secta de los “judaizantes”. Así denominamos a aquel grupo de judíos que habiendo aceptado a Jesús como su Mesías nacional no aceptaban la revelación que

Dios le dio a Pedro, antes de enviarlo a casa de Cornelio (Hch 10: 1-11:18), ni el apostolado de Pablo con la revelación que recibió sobre la naturaleza de la Iglesia.

La completa comprensión del alcance del Evangelio y de la naturaleza de la Iglesia tardó en ser revelado, y asimilado. En un primer momento el Evangelio únicamente fue predicado a los de Israel. Más tarde llegó a los samaritanos, y finalmente fue anunciado también a los gentiles, aunque los primeros gentiles que recibieron el Evangelio eran “temerosos de Dios” o prosélitos.

Pedro recibió una revelación especial del Señor sobre este tema, antes de ser llamado por Cornelio para conocer del Evangelio (Hch 10), que compartió con la Iglesia de Jerusalén (Hch 11: 1-18). Aún así, se formó un grupo que decía que si los gentiles no se circuncidaban según la costumbre de Moisés no podían ser salvados (Hch 15:1); algunos de ellos provenían de la secta de los fariseos (Hch 15:5). Algunos de estos judaizantes llegaron a Antioquía, donde esparcieron sus enseñanzas, provocando “una disensión y contienda no pequeña” con Pablo y Bernabé, cuando regresaron de sus primer viaje misionero.

Si consideramos que la carta a los Gálatas la escribió Pablo antes de la Asamblea de Jerusalén, donde se trató el tema, significaría que los judaizantes llegaron incluso hasta las nuevas Iglesias que se habían establecido en Asia Menor, con un efecto devastador.

Puesto que los judaizantes que llegaron a Antioquía venían de Jerusalén, la Iglesia de Antioquía envió una representación, encabezada por Pablo y Bernabé, para tratar con la Iglesia de aquella ciudad este hecho. Los encuentros previos de los representantes de Antioquía con los Apóstoles y los Ancianos de Jerusalén (Hch 15:4, 6), y la reunión con la Iglesia toda reunida en asamblea (Hch 15:5, 7-29), dejó clara la cuestión. Es cierto que algunos de los fariseos que habían creído creían que era necesario que los gentiles convertidos fuesen circuncidados y guardasen la Ley de Moisés, pero en ningún momento dijeron que era necesario para ser salvo. La conclusión no dejó lugar

a dudas: los que habían llegado a Antioquía no habían ido en nombre de la Iglesia de Jerusalén, y los gentiles no habían de realizar las prácticas judías. Las recomendaciones de abstenerse de ciertas cosas eran únicamente para no escandalizar a los judíos (Hch 15:28-29).

El temor que estos judaizantes hubieran llegado más allá de Antioquía, hizo que la carta de la Iglesia de Jerusalén se dirigiera también a “los gentiles que están en Antioquía, y en Siria, y en Cilicia” (Hch 15:23).

Pero lo cierto es que también llegaron a Galacia, a Corinto (1Co 1:12; 2Co 11:13, 22), a Filipos (Fl 3:2-3) y a Efeso (1Tim 1:3-11), donde fueron combatidos por Pablo.

También desde hace algún tiempo, un movimiento parecido ha vuelto a aparecer entre algunos que se llaman a sí mismos *judíos mesiánicos*, y en otros grupos parecidos, que aún no quieren aceptar las conclusiones de la Asamblea de Jerusalén ni la enseñanza de la Epístola a los Gálatas.

Una aproximación general a la Epístola a los Gálatas

Nuestro objetivo no es hacer una exposición a la Epístola de Pablo a los Gálatas, sino una introducción general, en el contexto de la descripción histórica que encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

La razón básica por la que Pablo escribió a las Iglesias de Galacia

Podríamos resumir la razón básica por la que Pablo escribió a estas iglesias con las palabras del versículo 6, del capítulo 1: “*Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis traspasado del que os llamó a la gracia de Cristo, a otro Evangelio*“. Son las primeras palabras de Pablo, tras la salutación inicial, y revelan que el problema en Galacia era grave, y que era preciso enfrentarlo de una manera clara y directa. Parece que los judaizantes habían

llegado a aquellas nuevas iglesias, y que sus enseñanzas estaban a punto de llevar a la apostasía a aquellas iglesias del Asia Menor. Se estaba iniciando un proceso de sustitución del Evangelio que había predicado Pablo por otro diferente, incluso contrario a aquel, que estaban introduciendo los judaizantes. Ese cambio tan repentino y rápido había dejado a Pablo “maravillado”.

Por eso, lo primero que les recuerda es en qué consistía el verdadero Evangelio. El Evangelio de Cristo (1:7) era el Evangelio que Pablo y sus compañeros les habían anunciado al principio (1:8), y el que ellos habían recibido como las buenas noticias de la gracia de Dios (1:9).

A continuación, conociendo la argumentación de los que estaban detrás de todo aquello, hace un breve resumen histórico que confirma que el Evangelio que él les había predicado era el único Evangelio de Cristo.

Lo primero que les dice es que el Evangelio que les había predicado no era “según hombre” (1:11-12). Pablo no lo había recibido de ningún hombre, ni se lo habían enseñado en ningún lugar. El Evangelio de Cristo le había sido revelado, en sus aspectos básicos para salvación, cuando iba camino de Damasco por el mismo Jesu-Cristo resucitado (Hch 9:3-6), y en detalle, más tarde, seguramente durante el tiempo que pasó en Arabia (Ga 1:17).

En segundo lugar, les recuerda que recibió la confirmación Apostólica. Primero, cuando estuvo quince días con Pedro en Jerusalén, tres años después de su conversión, cuando también se entrevistó con Jacobo, el hermano del Señor (1:18-19). Más tarde, catorce años después, tuvo una reunión privada con Jacobo, Cefas y Juan en Jerusalén, donde les expuso el Evangelio que predicaba a los gentiles, y ellos no encontraron nada que fuese necesario corregir. Al contrario, reconocieron que a él le había sido encomendado “el evangelio de la circuncisión”, y le dieron “las diestras de compañía”, en señal de comunión (2:1-10).

Si el Evangelio que Pablo les había predicado, y que ellos habían recibido, era el Evangelio de Cristo que había recibido por revelación, y que Jacobo, Cefas y Juan lo habían considerado como el mismo que ellos habían recibido del Señor, ¿qué era ese “evangelio” al cual las iglesias de Galacia se estaban traspasando? De entrada lo define como “otro evangelio”. La palabra griega “heteron”, ἕτερον, quiere decir que no es de la misma naturaleza, forma, clase, género, en una palabra, que era diferente. Parece que algunos defendían que no era diferente, sino sencillamente “otro”, ἄλλο, una variante correcta del Evangelio (1:7). Pero nadie se puede inventar variantes del Evangelio de Cristo, ni el mismo Pablo, ni los ángeles del cielo, pues en ese caso se queda bajo la maldición de Dios (1:9).

Pablo les muestra que hay que ser muy cuidadosos en estas cosas, y lo indica describiendo como tuvo que actuar en Antioquía con Bernabé y Pedro, ante una conducta que podía inducir a error: *“le resistí en la cara, porque era de condenar”* (2:11-21). Y añade una síntesis sobre la justificación, en los versículos finales, así como las implicaciones prácticas de una vida cocrucificada con Cristo.

Sección doctrinal sobre la justificación por la fe (3:1-4:31)

Una referencia al momento de su conversión (3:1-7)

Pablo habla con mucha dureza a estos creyentes, lo que nos da una idea de la gravedad de la situación. Dos veces los llama “insensatos”. Por lo que Pablo le dice a Tito (3:3), ésta era una característica nuestra cuando éramos incrédulos, aunque también el Señor tuvo que llamar de esta manera a aquellos discípulos que fue a buscar cuando se volvían hacia Emaús (Lc 24:25), para describir su incapacidad para entender las Escrituras.

La presentación del Evangelio fue tan clara y pública que Pablo no puede entender lo que les ha sucedido, puesto que no están obediendo a la verdad. Los lleva a revisar el momento de su conversión, mediante una serie de preguntas.

La primera: “¿*Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír de la fe?*” (v. 2). Con estas palabras los trata de creyentes, y les lleva a recordar cómo llegaron a serlo: “por el oír de la fe”.

La segunda: “¿*habiendo comenzado por el Espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne?*” (v. 3). Muestra la inconsistencia que se puede producir en la vida cristiana de ellos si no se mantienen viviendo en el Espíritu, ya que siguiendo la doctrina de los judaizantes se acaba viviendo como cristianos carnales.

La tercera: “¿*Tantas cosas habéis padecido en vano?*” (v. 4). Cuando creyeron en el Evangelio tuvieron problemas tanto con los gentiles como con los judíos, ¿significa eso que fueron sufrimientos inútiles? ¿no los sufrieron por identificarse con Cristo?

La cuarta: “*Aquel, pues, que os daba el Espíritu, y obraba maravillas entre vosotros ¿hacíalo por las obras de la ley, o por el oír de la fe?*” (v. 5). Los lleva a recordar la evidencia de la obra de Dios en sus vidas, y a examinar las razones por las que Dios obró en ellos. Es más, les recuerda que Abraham, aquel de quien constantemente hablaban los judaizantes, experimentó la obra de Dios en su vida por haber creído a Dios.

Abraham es el punto de referencia, y él sencillamente “creyó a Dios, y le fue imputado a justicia”, la vinculación con Abraham únicamente es posible si se es de la fe (3:6-7).

Argumentación a la luz del Antiguo Testamento (3:8-24)

Pablo recuerda que el Evangelio no es una novedad, puesto que fue anunciado a Abraham, en la promesa que Dios le dio. En aquella promesa la Escritura preveía que Dios justificaría a los gentiles por la fe (v. 8), así como lo había de hacer con los que eran de “las obras de la ley” (v. 10), puesto que “por la ley ninguno se justifica para con Dios” (v. 11), al contrario, nos encontramos bajo maldición ante la incapacidad de perseverar en el cumplimiento de todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley.

Cristo es central, como el que redimió a los que se encontraban bajo la ley, y como el que ha hecho posible que la bendición de

Abraham llegase a los gentiles, cosa que queda confirmada por la recepción del Espíritu Santo (vv. 13-14). Sin negar las promesas a los descendientes de Abraham, vía Isaac-Jacob, contenidas en el pacto establecido por Dios, enfatiza que el hecho de que Dios hablase de “simiente”, en singular, limita el cumplimiento total de éste en la persona de Cristo (vv. 15-16), y eso no lo anuló la Ley (vv. 17-18).

A continuación, analiza las limitaciones de la Ley, y el propósito por el cual fue dada. Su limitación es que Dios no le concedió la capacidad de vivificar cuando la dio, como parece que afirmaban los judaizantes, por lo que no puede justificar a nadie (v. 21).

Las razones por las que Dios la dio, se pueden agrupar en cuatro:

(1) “Fue puesta por causa de las rebeliones” (v. 19a), para hacer al hombre consciente de sus pecados, y de su condición pecaminosa.

(2) Había de llevar a cabo una tarea temporal necesaria en el programa salvador de Dios: “hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa” (v. 19b). Era preciso concienciar a la gente de su pecado, para que entendieran la necesidad de un redentor.

(3) “Encerró todo la Escritura bajo pecado”. Como si hubiéramos estado encerrados en una prisión vigilada, reclusos a la espera del libertador, la simiente de Abraham, y de medio de liberación, la fe en Jesu-Cristo (vv. 22-23).

(4) Había de ser “nuestro ayo... para llevarnos a Cristo” (v. 24). Lo que la presenta cuidando de nosotros, hasta que nos lleva a los pies del Mesías redentor, para poder “ser justificados por la fe”.

Una experiencia común a todos los creyentes (3:26-29)

Cristo Jesús, como aquel que nos ha redimido de la maldición de la Ley, y como aquel que ha hecho llegar la bendición de Abraham a los gentiles, hace que judíos y gentiles formen parte de una nueva realidad por la fe en él: “hijos de Dios”, revestidos de Cristo y siendo “uno”, en la realidad que es la Iglesia de Dios (comp. 1Co

10:32). El acto del bautismo en Cristo, que es la expresión externa de una realidad espiritual, lo ha testificado. Eso implica que las diferencias entre “todos” ha desaparecido, no se han de mantener: sean raciales, culturales, sociales o de sexo.

Cómo hemos llegado a ser “herederos” (3:29-4:7)

La vinculación con Cristo nos hace, indefectiblemente, simiente de Abraham y herederos de la promesa. Pablo lo afirma y argumenta claramente para sus receptores.

Refiere a un hecho común en el mundo greco-romano: la condición del heredero durante la infancia, en que a pesar de ser el amo de todo, el niño se encuentra bajo tutores y curadores. Eso ilustra la verdad que Pablo enseña, aunque la correspondencia no es total. La condición de la humanidad, hasta la venida del Hijo, era como la de aquel niño; pero la venida del Hijo y su obra redentora, nos ha permitido recibir la adopción de hijos. Esto ha quedado certificado por la recepción del Espíritu de su hijo en nuestros corazones. Ahora, por medio de Cristo, hemos entrado a disfrutar de la herencia Divina.

Reflexión sobre el hecho de volver atrás (4:8-20)

La manera de actuar de los gálatas parecía un volver a esclavizarse a los elementos débiles o pobres. La adhesión a la doctrina judaizante, representaba guardar “los días, y los meses, y los años” (v. 10), era lo mismo que adherirse a la idolatría que habían practicado, debido a que son muestras de las pretensiones humanas de conseguir por las propias obras los méritos de la salvación. Esta manera de actuar hacía temer que no fueran creyentes, que el ministerio de Pablo a favor de ellos hubiera sido inútil. Era algo que no creía cierto, puesto que a continuación les llama “hermanos”, pero que les tenía que hacer reflexionar seriamente.

Una vez más, la presentación doctrinal va acompañada de referencias personales. Esta vez les habla de la primera vez que les anunció el Evangelio, la lamentable condición física en que se encontraba, y cómo lo recibieron. En aquel tiempo eran felices,

¿dónde estaba aquella felicidad?

Pablo denuncia la táctica de los judaizantes, que pretendían presentarlo como enemigo de los gálatas, cuando la verdad era que entre ellos había un profundo y sincero amor cristiano.

Lo que les faltaba a los gálatas era que Cristo fuese formado en ellos, y esta tarea, en la que Pablo estaba ocupado, representaba un sufrimiento parecido al que una mujer tiene antes de dar a luz. El lo sufrió hasta que creyeron, y ahora lo volvía a experimentar hasta que llegasen a la madurez cristiana, que se describe con las palabras “Cristo sea formado en vosotros”.

Una pregunta y una ilustración para los que quieren guardar la Ley (4:21-4:31)

Nuevamente se dirige a los que “querían estar debajo de la ley”, y ahora hace servir el método rabínico de las alegorías. Es como si les dijera que tomando el Antiguo Testamento a la manera rabínica también se podía demostrar el error de los judaizantes. No deja a Abraham, ahora habla de su esposa, Sara, y de su esclava, Agar, de las que tuvo hijos. El hijo de la esclava nació según la carne, el de la libre, según la promesa. A partir de aquí, presenta el judaísmo, representado por Agar y su hijo, por el Sinaí y la Jerusalén terrenal, como un estado de esclavitud; y al cristianismo, representado por Sara y su hijo, y por la Jerusalén celestial, como la libertad.

También usa el mismo relato para ilustrar la persecución de los judíos contra los cristianos; era la persecución del nacido según la carne contra el nacido según el Espíritu.

La argumentación ratifica lo que ha dicho a lo largo de toda la Epístola, que los cristianos estamos ligados a Abraham como hijos, y en concreto, como hijos de Sara, la libre, según la promesa y no según la carne.

Sección doctrinal sobre la libertad cristiana (5:1-6:18)

Introducción a la libertad cristiana (5:1)

La analogía de Agar y Sara, presentada en el capítulo anterior, introduce el tema de la libertad cristiana, puesto que acaba el capítulo diciendo a los hermanos que eran hijos “de la libre” . Ahora afirma que Cristo nos hizo libres, puesto que “nos redimió de la maldición de la ley” (3:13), y que nos hemos de mantener firmes en esta libertad. Nuestra vinculación con Cristo asegura que nos mantengamos en la auténtica libertad. Que vivamos como libres espiritualmente o bajo el yugo de la esclavitud es reponsabilidad nuestra. Las instrucciones de Pablo son bien claras: “Estad... firmes” y “no volváis otra vez a ser presos en el yugo de servidumbre”; y exigen respuestas bien claras también.

Un peligro para la libertad cristiana (5:2-12)

El peligro era real y grave, puesto que la conducta externa podía ser la evidencia de que algunos de ellos no se habían apropiado de la obra redentora de Cristo. Circuncidarse, en aquellas circunstancias, equivalía a rechazar los beneficios de Cristo, estar vacío de Cristo y haber caído de la gracia. La razón está clara, puesto que quería decir que habían optado por justificarse por la ley.

En oposición a los judaizantes, los cristianos tenían su esperanza en la justicia por la fe, la circuncisión no aprovechaba nada sino la fe obrando por la caridad.

La situación en Galacia era clara, los creyentes habían estado corriendo la carrera cristiana bien, cuando unos recién llegados les habían puesto impedimentos en la carrera; pero Pablo confiaba en ellos. No habían vigilado, no habían observado la doctrina de la separación, y ahora tenían el mal entre ellos; los judaizantes, aunque eran pocos, habían disfrutado de libertad para actuar como aquel poco de levadura que fermenta toda la masa; pero no quedarían sin juicio de parte del Señor (vv. 10, 12).

El Espíritu Santo y la libertad cristiana (5:13-26)

Cristo ha hecho libres a los creyentes, y nos ha llamado a esa libertad. Un peligro eran los judaizantes, que los querían hacer vivir nuevamente en el yugo de servidumbre; pero también había otro, entender mal la libertad cristiana y transformarla en libertinaje, dando ocasión para la carne. La libertad cristiana implicaba libertad para servir a los demás, sirviendo al Señor; para servir a los demás por amor y no por obligación, no para vivir para uno mismo. En última instancia, la ley había sido sintetizada, además de en amar a Dios sobre todas las cosas, en amar al prójimo como a uno mismo (v. 14 comp. Lv 19:18).

Las doctrinas equivocadas nunca pueden producir vidas santas, y eso se estaba haciendo evidente entre las Iglesias de Galacia. El enfrentamiento entre los gálatas era tan grave, que Pablo lo describe con las palabras: morderse, comerse y consumirse. Por aquel camino su propia carnalidad, y no la heterodoxia, haría que el Señor sacase el candelero del testimonio de aquella región (Ap 2:5).

La libertad que Cristo les había dado, y que ellos habían de mantener firmemente, implicaba caminar en el Espíritu, para así no satisfacer el deseo de la carne (v. 16). No habían de olvidar que el Espíritu y la carne estaban en total oposición, y que la evidencia de que no estaban bajo la Ley era ser guiados por el Espíritu.

Pero Pablo quiere dejar claro de qué está hablando. Es evidente cuales son las obras de la carne: “adulterio, fornicación, inmundicia, disolución, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, banquetes...” son algunas de ellas, aunque el detalle no las agota, como lo vemos por las palabras “y cosas semejantes a éstas” (vv. 19-21). Es la manera de actuar de los hombres incrédulos, y si alguno de ellos está viviendo de esa manera evidencia que no es redimido.

Pero los que tienen el Espíritu en ellos, los verdaderos redimidos, evidencian de alguna manera su fruto en sus vidas. El fruto del

Espíritu es uno sólo, aunque tiene muchas facetas, como las piedras preciosas, y con el tiempo se hace más grande y más sabroso. Este fruto incluye caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza:(vv. 22-24).

Ser cristiano, ser de Cristo, implica necesariamente haber crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Esta es una realidad interior, que ha de manifestarse en una conducta cristiana: “andemos también en el Espíritu”.

Haciendo uso de la libertad cristiana entre los hermanos (6: 1-10)

En la aplicación de la disciplina (vv. 1-5). Pablo describe como se ha de actuar ante un hermano que ha cometido un acto de pecado, no de uno que vive en pecado. En primer lugar indica que toda actuación hacia un hermano que ha pecado tiene como objetivo “restaurarlo” a la comunión con Dios y con la asamblea, éste es el objetivo de la verdadera disciplina eclesiástica. Para actuar adecuadamente se ha de ser “espiritual”, que en este contexto quiere decir caminar en el Espíritu. Enfatiza específicamente uno de los aspectos del fruto del Espíritu: “espíritu de mansedumbre”, aunque menciona otros al decir que se ha de hacer sin soberbia, vigilándose uno mismo para no actuar igual. Los hermanos están para ayudarse. para compartir las cargas, y no para hundir al otro.

En relación a aquellos que nos enseñan la Palabra (v. 6). Los obreros cristianos no han de pedir nada por llevar a cabo su tarea, pero los que se benefician de su trabajo tienen la obligación delante del Señor de hacerlos participantes de sus bienes. El texto habla específicamente de ayudarlos económicamente, pero no excluye el reconocimiento de los beneficios espirituales recibidos, de interesarse por ellos y de ayudarlos en oración. De eso somos responsables delante de Dios (vv. 7-8).

Hacer bien a todos (vv. 9-10). Somos libres para hacer el bien a todos, cuando tenemos ocasión, pero nos hemos de preocupar en primer lugar por los que son de la familia de la fe. En nuestras

prioridades debe estar el ayudar a los hermanos, y si podemos, también a los que no son creyentes.

Conclusión: las marcas de la Cruz (6:11-18)

Pablo ha dictado su carta a otro, pero la acaba de su mano. Tiene una letra muy peculiar, es grande, probablemente debido a algún problema de visión. Sus últimas palabras establecen la centralidad de la cruz de Cristo en su vida y en la vida de todos los creyentes verdaderos. La cruz de Cristo es lo único en lo que nos podemos gloriarnos, recordando que eso quiere decir vivir lo que les ha dicho en 2:20. La cruz de Cristo ha de ser el principio bajo el que caminemos. Nuestro sufrimiento por Cristo, con las marcas que puede dejar en el cuerpo, ha de ser lo que haga callar a nuestros oponentes.

Cuando comenzó la carta les deseó que la gracia fuese con ellos, y ahora que se despide, les vuelve a desear lo mismo. Hermanos por la gracia, unidos por la gracia.

Edicions Cristianes Bíbliques